

Teano de Crotona¹

Mercedes Gutiérrez, Montserrat Jufresa,
Cristina Mier y Félix Pardo

Sumario

- | | |
|-------------------------|---|
| 1. Semblanza biográfica | 3. Introducción a los fragmentos y cartas |
| 2. Escritos | 4. Teano. Cartas, fragmentos y sentencias |

1. Semblanza biográfica

La tradición antigua² nos da noticias de la existencia histórica de Teano, a la que se considera como la primera mujer filósofa, si bien su celebridad parece atribuirse a su vínculo matrimonial y discipular con Pitágoras. En relación a su genealogía, sin embargo, los testimonios de los doxógrafos antiguos son contradictorios. Diógenes Laercio³ nos dice que la mujer de Pitágoras era Teano, hija de Brontino⁴, de linaje crotoniata, pero también nos indica que para otros doxógrafos era mujer de Brontino y discípula de Pitágoras⁵. De su unión con Pitágoras tuvo como hijo a Telauges, que sucedió a su padre en la dirección

1. El siguiente artículo es parte del trabajo que viene realizando, desde el curso académico 1991-1992, el seminario *Filosofía i Gènere*, de la Universitat de Barcelona, con el propósito de recuperar la producción filosófica de las mujeres.

Las partes primera y segunda, que nos describen la vida y obra de nuestra autora, han sido realizadas por Félix Pardo, licenciado en Filosofía; la tercera, que pretende dar algunas notas sobre la mujer y el pitagorismo, por Cristina Mier, licenciada en Filosofía, y la cuarta, que contiene las traducciones, por Mercè Gutiérrez, licenciada en Filología Griega y Montserrat Jufresa, profesora titular de Filología Griega de la Universitat de Barcelona y coordinadora del grupo dedicado al mundo antiguo.

2. En particular, los escritos de: Diodoro de Sicilia (s. I aC), Plutarco (s. I-II dC), Clemente de Alejandría (150-215 dC), Diógenes Laercio (s. II-III dC), Porfirio (233-305 dC), Jámblico (s. IV dC) [éstos tres últimos autores de una *Vida de Pitágoras*], Teodoreto (393-466 dC), Estobeo (s. V dC), el léxico *Suda* (s. X dC) y el *Florilegio Monacense* (. . .).

3. *Vidas de los filósofos más ilustres*, VIII, 42, 1.

4. Apenas se tienen referencias de este personaje, y las que existen, son contradictorias. Sin embargo, parece haber coincidencia en considerarle miembro de la escuela pitagórica.

5. Sobre este tema en particular, ver Armand DELATTE, *La Vie de Pythagore de Diogène Laërce*. Bruselas: Lamertin, 1922.

de la escuela, y según algunos, fue maestro de Empédocles; y como hija a Damo, a quien, según cuenta Lisis⁶, Pitágoras legó sus *Memorias* con la confianza de que guardaría con absoluto secreto sus doctrinas. Diógenes afirma que los hijos no escribieron nada, mientras que Teano escribió algunas obras, de las que ofrece como testimonio dos máximas morales, una de las cuales también se encuentra en Estobeo (*Florilegio* LXXIV, 53) y Clemente de Alejandría (*Stromateis* IV, 19. 44. 2. 1).

Porfirio⁷ nos dice que Teano era hija de Pitonacte⁸, de linaje cretense, y mujer de Pitágoras. Como hijo suyo cita a Arimnesto, que habría sido maestro de Demócrito, noticia ésta que no se encuentra en ningún otro autor. Cuenta también que otros doxógrafos dan como hijo a Telauges y como hija a Mía; y otros aun dan como hija a Arignote. Porfirio afirma que de todos estos hijos se conservan escritos pitagóricos, por lo que cabe suponer que fueron también discípulos de Pitágoras, lo mismo que su madre. En su opinión⁹, Teano fue la discípula de mayor fama de las mujeres crotoniatas, fama que se hizo extensiva también a su hija Mía, según refiere Timeo de Tauromenio¹⁰ en el testimonio mencionado por Porfirio.

Jámblico nos ha legado la biografía más completa sobre Pitágoras, pero en su obra son escasas las referencias a Teano o a su descendencia. De manera escueta nos dice que Teano se casó con Pitágoras¹¹ y que tuvieron una hija, Damo, cuyo hermano fue Telauges¹². Cita asimismo algunas sentencias sobre la virtud de la mujer con respecto a su marido, pero las considera pronunciadas tanto por Teano como por Deino, esposa de Brontino¹³. De Damo nos dice, al igual que Diógenes Laercio, que fue la encargada de guardar las memorias de su padre, y atribuye a Telauges la recopilación de los textos que constituyen el *Discurso Sagrado*.

2. Escritos

a) Obras conservadas:

Cuerpo acéfalo de siete cartas dirigidas a sus amigas y amigos. De éstas la I, II, III, VI y VII están escritas en prosa ática koiné, y la IV y V en prosa ática clásica. La I (a Eubule), la IV (a Calisto) y la V (a Nicóstrata) fueron editadas

6. Se trata de un pitagórico tarentino que consiguió escapar del incendio y la destrucción de la casa en la que estaban reunidos los principales líderes pitagóricos, a mediados del s. V aC.
7. *Vida de Pitágoras*, 3-4.
8. La única referencia que tenemos de este personaje nos la proporciona el léxico de *Suda*, que lo menciona como padre de Teano.
9. Op. cit., 19.
10. Historiador siciliano cuya vida transcurre aproximadamente entre los años 356 y 260 aC.
11. *Vida de Pitágoras*, XXXVI, 265.
12. *Ibid.*, XXVIII, 146.
13. De él dice que es pitagórico, pero no que tuviese ninguna relación de parentesco con Teano. *Ibid.*, XI, 155.

en griego por Henri Estienne, bajo el título «Lettres de Theano Fille de la Sagesse Pithagoricienne» al final de su edición de *Diogène Laërce. De Vitis. . . Libri X*, Geneva 1570. Las cartas II (a Euclides), III (a Eurídice), VI (a Ródope) y VII (a Timónides) fueron encontradas en un manuscrito de la Biblioteca Apostólica Vaticana y editadas en griego por Lucas Holstein, en forma de notas a su edición de la *Vie de Pythagore*, de Porfirio, 1630. Todas estas cartas suelen presentarse según el orden alfabético griego de los nombres de sus destinatarios:

- I. A Eubule, suma 45 líneas. Pequeño tratado sobre la educación de los niños.
- II. Al médico Euclides, suma 10 líneas. Consideración sobre la enfermedad.
- III. A la admirable Eurídice, suma 15 líneas. Breve reflexión sobre los celos de las esposas en relación a las heteras.
- IV. A Calisto, suma 50 líneas. Pequeño tratado sobre el trato justo que las señoras deben dar a las sirvientas.
- V. A Nicóstrata, suma 75 líneas. Pequeño tratado sobre la conducta apropiada de las esposas en el matrimonio, con especial atención a sus celos de las heteras.
- VI. A la filósofa Ródope, suma 10 líneas. Breve reflexión a propósito del interés suscitado por el *Parménides* de Platón.
- VII. A Timónides, suma 5 líneas. Consideración sobre la calumnia.

b) Fragmentos de tratados

Un fragmento, de 15 líneas, de *Acerca de la piedad* (*Peri eusebelias*), que trata sobre el número pitagórico; conservado por Estobeo (*Eclogae I*). El texto griego de este fragmento ha sido editado por A. Mullach, en sus *Fragmenta philosophorum graecorum*, París 1869.

c) Apotegmas

- *Apotegmas pitagóricos* (*Apothégmata Pythagoreíon*), mencionado en el léxico *Suda* (S. v. Teano 1).
- *Exhortaciones femeninas* (*Parainéseis gynaikeíai*), mencionado en el *Suda* (S. v. Teano 1).
- *Acerca de la virtud* (*Peri aretés*), mencionado en el *Suda* (S. v. Teano 1).
- *Acerca de Pitágoras* (*Peri Pythagórou*), mencionado en el *Suda* (S. v. Teano 1).
- *Comentarios filosóficos* (*Ypomnémata philósophá*), mencionado en el *Suda* (S. v. Teano 1).
- *Poemas*, mencionado en el *Suda* (S. v. Teano 1) y en *Stromateis I* por Clemente de Alejandría.
- *Carta a Timareta*, mencionada por Pólux (*Onomástico VI*).

d) Ediciones de la obra

Los textos y testimonios sobre Teano están recogidos en los siguientes autores antiguos:

- CLEMENTE DE ALEJANDRIA, *Obras*, en P. G. MIGNE, t. VIII y IX. Edición crítica a cargo de O. STÄHLIN, *Die Griechischen Christlichen Schriftsteller der Drei Ersten Jahrhunderte*, Leipzig, Hinrichs.
- DIÓGENES LAERCIO, *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres* [en particular Libro VIII], Barcelona, Ediciones Teorema, 1985.
- JÁMBLICO, *De vita Pythagorica*, L. BEUBNER (ed.) Leipzig, Teubner, 1975.
- PORFIRIO, *Vida de Pitágoras*, Madrid, Gredos, 1987.
- STOBAEUS, *Iohannes, Anthologium*, 5 vol. C. WACHSMUTH y O. HENSE (ed.), Berlín, Weidmann, 1958.

Entre los autores modernos tenemos:

- HERCHER, Rudolf, *Epistographi Graeci*, vol. XIII, A. FIRMIN DIDOT (ed.), París, 1873.
- MENAGIO, Aegidio, *Historia mulierum philosopharum* [1690, 1692], anexo a sus *Commentarii in Diogenem Laertium*, Lipsiae-Londini, 1830-1833.
- MEUNIER, Mario, *Femmes Pythagoriciennes, Fragments et Lettres de Théano, Périptioné, Phytis, Mélissa et Myia*. París, Ed. de la Maisnie, 1980.
- THIESLEFF, Holger, *An Introduction to the Pythagorean writings of the hellenistic period*, en *Acta Academiae Aboensis, Humaniora*, Series A, vol. XXV, 1, 1961.
- WHAITHE, Mary (ed.), *A History of Women Philosophers*, vol. 1: Ancient Women Philosophers (600 aC-500 dC), Dordrecht, Martinus Nijhoff Publishers, 1987.
- WOLF, Johan Christian, *Mulierum Graecarum quae oratione prosa usae sunt fragmenta et elogia Graece et Latine*. . ., London, Ed. Vandenkoeck, 1739.

3. Introducción a los fragmentos y cartas

En la antigua Grecia podían distinguirse dos ámbitos vivenciales que se hicieron, a medida que fue sucediéndose su historia, más evidentes y opuestos: el público y el privado¹⁴. El ámbito público abarca aquello que en la actualidad llamamos vida política griega. Sus integrantes eran ciudadanos varones y sus principios eran la acción y el discurso. Principios que ya encontramos en la base de las enseñanzas de Fénix¹⁵ que harían de Aquiles un hombre

14. ARENDT, Hannah. «La esfera pública y la privada». En *La condición humana*. Barcelona: Seix Barral, 1974, p. 39-84.

15. HOMERO, *Iliada*, IX, 443. Barcelona: Planeta, 1991: «...te envié [tu padre]... cuando eras niño aún, e ignorabas entonces la guerra y el ágora, donde todo varón puede algún día brillar como ilustre; me mandó que te preparara para ambas cosas, para pronunciar palabras y para realizar acciones».

completo, imprimiéndole *areté* (excelencia). La condición de posibilidad de este ámbito se hallaba, sin embargo, en el otro ámbito, el privado, el de la necesidad, ámbito de producción y reproducción, es decir, el de la economía, el *oikos*. *Oikos*¹⁶ ha de entenderse como un todo que engloba varias partes, esto es: la casa, su contenido, las parcelas de tierra y el ganado y, de alguna manera, también hemos de considerar dentro de estas riquezas la esposa y los hijos legítimos.

Oikos era inicialmente una habitación de la casa, de techo más alto, donde se encontraba el hogar central. Éste poseía un gran contenido simbólico: representaba al hombre, las cenizas representaban a la esposa y el fuego renacido de las cenizas los hijos legítimos. Éstos últimos sólo eran reconocidos como tales e integrados en la genealogía paterna una vez recibido de su padre, sobre el hogar, el nombre, cinco días después de su nacimiento.

El matrimonio era el único modo reconocido de poder tener descendencia legítima; y solía ser, además, un modo de mantener y aumentar la riqueza, pues se daba entre dos casas ricas. Este modo de legado y disposición de la ley matrimonial y social conllevaba la negación de la poligamia, con lo que se mantenía la honorabilidad y excelencia de las dos casas unidas y se limitaba el número de hijos herederos, conservando la importancia del legado.

Las riquezas del *oikos* se dividían en dos grupos: móviles y fijas. Los bienes de la casa y el ganado formaban parte del primero y la casa, las tierras y la esposa del segundo. Este último grupo determinaba la condición social, la pertenencia a un grupo residencial y la posibilidad de construir una jerarquía. Por ello las riquezas fijas eran sumamente respetadas, pues representaban las raíces. No es, pues, de extrañar, que encontrándose dentro de este estado de cosas, las mujeres tuvieran escasa movilidad, quedando confinadas al espacio de la casa, principalmente al gineceo. No participaban de la vida social y sus salidas se limitaban a las fiestas en honor a los dioses. Sus funciones¹⁷ principales eran la reproducción, el hilado de la lana, el tejido de telas, la dirección del trabajo de las esclavas y el control de las comidas y los gastos¹⁸. Considerando que la

Llegó un momento, como nos muestra la *Iliada*, en que la acción del guerrero comenzaba a ser insuficiente como muestra de *areté* (seña de nobleza) y se hizo necesario el uso de la palabra. Ésta no era exactamente el arte del discurso en contraposición a las hazañas, sino que eran ellas mismas acciones. En el ágora, en un principio, se mantuvo el equilibrio de valor entre ambas, acción-palabra, aunque posteriormente el discurso fue tomando protagonismo, como nos muestra la creciente importancia de la retórica (sofistas).

Sobre la evolución del concepto de *areté* véase: JAEGER, Werner. *Paidéia*. Cap. I. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1990, p. 19-29.

16. LEDUC, Claudine. «¿Cómo darla en matrimonio?». En DUBY, G. y PÉROU, M. (ed.). *Historia de las mujeres*. Vol. I: La Antigüedad. Madrid: Taurus, 1992, p. 251-313.

17. TEANO. *Carta a Calisto*.

18. JENOFONTE. *El Económico*. Madrid: Gredos, 1987.

Jámblico: «La correcta administración de la casa es la fuente de todo buen orden de las comunidades, porque es a partir de la casa que las ciudades surgen» (*On de pythagorean Way of Life*. DILLON, John y HERSHBELL, Jackson (ed.). Georgia, Scholars Press, 1991, cap. 30).

casa era el origen del orden que posibilitaba el buen funcionamiento de toda la hacienda, ello significa que sus actividades representaban la supervisión y conservación de todo aquello que su descendencia habría de heredar. Junto a ellas, en la misma casa, vivían dos categorías de mujeres: concubinas y sirvientas. Las primeras normalmente o pertenecían a ilustres familias y eran tomadas como trofeos tras una guerra, como es el caso de Casandra llevada a casa por Agamenón¹⁹ en calidad de segunda esposa, o eran regalo de algún igual. Las sirvientas realizaban las mismas tareas domésticas y podían también compartir el lecho del amo, pero su procedencia era más humilde: prisioneras de guerra o hijas de esclavos. La presencia de las concubinas en la casa dió lugar a que en un determinado momento, a pesar de su estatus inicial diferente, no estuvieran perfectamente delimitados sus papeles²⁰.

Éstas eran mujeres que, como ya hemos mencionado, permanecían recluídas en las casas y no tenían opción a participar en los asuntos de la vida pública. Sin embargo, sí existían unas mujeres que tenían posibilidad de hacerlo: las heteras, las prostitutas. En los banquetes bailaban, cantaban y tocaban la flauta. Además, estas mujeres eran las únicas que poseían o podían llegar a poseer una cultura considerable. Conocemos los casos famosos de Neera, Aspasia (amante de Pericles) y Teodota (amante de Alcibiades).

Centrándonos en las figuras de la hetera y la esposa²¹ podemos establecer que representan una oposición básica: caos-orden, lo perjudicial-lo conveniente²². La esposa es la que proporciona la base de una vida duradera más allá de la propia vida, mediante la procreación de hijos legítimos²³. Las heteras proporcionan, sin embargo, un placer pasajero, momentáneo, del que gustaría disfrutar siempre. El placer continuo no es más que una ilusión, algo sin raíces, sin las que nada puede sostenerse, como las plantas que la hetera siembra durante las fiestas de las Adonias²⁴, que duran lo que la celebración: ocho días. Días que pretenden ser la sustitución de los ocho meses que dura la verdadera maduración de la cosecha, la cual durante ese periodo ha sufrido las inclemencias del tiempo, haciéndose fuerte y vigorosa en su maduración natural. Como natural es la relación familiar frente a la relación política de la vida pública. Los frutos de la hetera son frutos sin raíces, rompen el equilibrio por su superabundancia. Los frutos de la esposa son los frutos cultivados que le servirán para subsistir. Es una relación que mantiene el equilibrio entre las necesidades, la siembra y la naturaleza.

Distinción, hetera-esposa, que al fin y al cabo no hace más que reflejar el «cosmos» griego: la procreación, la subsistencia de la especie, de la naturaleza.

19. ESQUILO. «La Orestia». En *Tragedias Completas*. Madrid: Cátedra, 1993.

20. MOSSÉ, Claude. *La mujer en la Grecia Clásica*. Madrid: Nerea, 1990.

21. TEANO. *Carta a Euridice* y *Carta a Nicostrata*.

22. Lo vemos en Teano: *Carta a Eubule* aplicado al tipo de educación apropiada.

23. De ahí la importancia que a la fidelidad, como virtud femenina, le otorga Teano: sentencias 5, 6, 7, 8 y *Carta a Nicostrata*.

24. DETIENNE, Marcel. *Los jardines de Adonis*. Madrid: Akal, 1983.

Relación entre contrarios, que siguiendo a Heráclito²⁵, nos hace pensar en la guerra que tiene como resultado el surgimiento de la realidad. La coexistencia de contrarios que permiten el cumplimiento y mantenimiento de la ley natural.

Para el pitagorismo la presencia de las heteras representaba el dejarse arrastar por las pasiones, las cuales imprimen agitación al alma, haciéndole perder el equilibrio necesario para su verdadera actividad²⁶, tanto que para ellos los «asuntos de Venus» quedaban bastante relegados en importancia:

De la Venus se ha de usar en invierno, no en verano, y en otoño y en primavera, más ligeramente; pero en todo tiempo es cosa gravosa y nada buena a la salud. Y aun siendo preguntado una vez cuándo convenía usarla, dijo «Cuando quieras debilitarte a tí mismo»²⁷.

Sin embargo, no hemos de pensar que las relaciones sexuales dentro del matrimonio estuvieran mal consideradas²⁸, más bien hemos de interpretar este texto como una de esas sentencias²⁹ a través de las cuales Pitágoras se dirigía a sus discípulos para transmitirles sus enseñanzas. En este caso se trataría de un llamamiento a la mesura, a la virtud, la cual puede ser considerada como uno de los primeros principios a seguir dentro de lo que sería el proyecto de la paideia pitagórica. En el caso concreto femenino esta mesura era especialmente, aunque no únicamente, identificada con la virtud de la prudencia, la cual junto con el respeto y el amor hacia el marido y la ley³⁰ eran igualmente obtenidas a través de la educación, lo que les permitía tener autonomía de pensamiento y decisión.

La paideia, la educación, era de suma importancia para el pitagorismo, ya que constituía el medio para llegar a una meta superior. A través de ella se conseguía el dominio suficiente del cuerpo, de sus pasiones, de sus necesidades, de sus impurezas en fin, cosa que permitía, en última instancia, olvidarse de él para prestar atención al alma, la cual podía conducir a la sabiduría, al conocimiento de las «cosas que existen verdaderamente»³¹. Éstas eran la base de todo conocimiento porque estaban provistas de límite: se mantenían siempre en el mismo estado, eran inmateriales (no corruptibles), eternas (no generables) y exclusivamente activas, es decir, incorpóreas. Su aprehensión era una

25. «La guerra es el padre de todas las cosas» (Frag. B 53 DK). «Lo contrapuesto conviene, y de lo diferente armonía supremamente bella» (Frag. B 8 D-K). Traducción de EGGERS LAN, C y JULIA, V. E. *Filósofos Presocráticos*. Madrid: Gredos, 1986.

26. Nótese la relación entre las referencias al amor en la *sentencia 10* y en la *Carta a Euridice*, de Teano.

27. LAERCIO, Diógenes. «Pitágoras». En *Vidas de los filósofos más ilustres*. Madrid: Espasa Calpe, 1951.

28. Ver TEANO. *Apotegmas* 6, 7, 8.

29. JAMBICO, op. cit., cap. 29: Pitágoras transmitió a sus discípulos sus enseñanzas mediante sentencias breves para darles inspiración. Mediante símbolos sencillos transmitía conocimientos complejos.

30. JAMBICO, op. cit., cap. 30: «La insolencia, la injuria, el desdén por las leyes a menudo mueve a la injusticia. Exortó a sus oyentes para que asistieran la ley y combartieran el desorden». LAERCIO, Diógenes, op. cit., 14: «Que se ha de favorecer la ley y perseguir la injusticia».

31. JAMBICO, op. cit., cap. 29.



consecuencia de la aprehensión de las cosas que «existen equivocadamente», es decir, las cosas corpóreas, materiales.

Mas, como ya hemos dicho, este conocimiento era el fruto de una paideia. Esta tenía dos vertientes, la dirigida al cuerpo y la dirigida al alma. La primera conllevaba el estricto cumplimiento de ciertas restricciones alimenticias, como el abstenerse de comer carne animal, y de ciertas prácticas religiosas. La segunda iba más bien unida a la percepción sensorial y a la intelectual, mediante, respectivamente, la visión de objetos bellos (Pitágoras aconsejaba pasear por lugares poco transitados y cercanos a los lugares sacros, pues eran los más hermosos) y la audición de bellas canciones (la música estaba siempre presente en sus reuniones y era utilizada como medio para curar ciertas enfermedades); y el estudio de la matemática, no tanto la aplicada como la teórica. De hecho Pitágoras utilizaba las matemáticas para facilitar a sus discípulos el conocimiento y la interpretación de la realidad: según Moderato de Gades

Al no poder transmitir de palabra con claridad las primeras formas y los primeros principios, a causa de la dificultad de concebirlos y de expresarlos, se aplicaron a los números por la claridad de su enseñanza³².

La base de la paideia pitagórica se hallaba en la creencia de que existía cierta comunidad entre los dioses y los hombres, la cual se establecía a través del alma, de naturaleza inmortal. En ella residía la capacidad de raciocinio y por ella únicamente podía llegarse al conocimiento de las «cosas que existen verdaderamente». Su misma naturaleza inmortal le llevaba a formar parte de una cadena de reencarnaciones que la restablecería en el alma del mundo, que los pitagóricos concebían como un gran ser viviente. Pitágoras era especialmente conocido por su capacidad para recordar los acontecimientos que le habían sucedido en vidas anteriores, por lo cual concedía verdadera importancia al ejercicio de la memoria³³. Invitaba a sus discípulos, con este fin y también como un modo de examen de conciencia, a hacer un repaso de los acontecimientos, de las acciones y de las cosas aprendidas a lo largo de la jornada. La enseñanza oral estaba muy extendida entre ellos, lo cual unido al hecho de que se trataba de una comunidad cerrada puede explicar el que no nos haya llegado ningún documento escrito del maestro, Pitágoras.

32. PORFIRIO. *Vida de Pitágoras*. Madrid: Gredos, 1987, p. 46-47. Filolao. «Sin él (sin el número) todo es ilimitado, oscuro e inescrutable. La naturaleza del número ha de ser el punto de referencia, guía y orientación de toda duda o dificultad. Si no fuera por el número y por su naturaleza, nada de cuanto existe podría ser comprendido por nadie, ni en sí mismo, ni con relación a otras cosas. . . Podemos observar el poder del número influyendo . . . en todos los actos y pensamientos del hombre, y en todos los oficios y en la música. Ni la armonía ni la naturaleza del mismo admiten falsedad alguna. la falsedad es incompatible con él. La falsedad y la envidia sólo son compatibles con lo ilimitado, lo ininteligible y lo irracional». Citado por FARRINGTON, B. *La ciencia griega*. Barcelona: Icaria, 1986, p. 41-42. TEANO, *fragmento 1, sobre el número*.

33. Sobre el tema: el Mito de Theuth, PLATÓN. *Fedro*. Madrid: Gredos, 1988.

4. Teano. Cartas, fragmentos y sentencias

1. Del tratado de Teano *Sobre la piedad*: Me consta que muchos griegos creen que Pitágoras decía que todas las cosas nacen del número. Pero esta aserción comporta una dificultad: ¿Cómo concebir cosas que no existen y que pueden engendrar? Él no dijo que el número, sino que según el número nacen todas las cosas, porque en el número reside el orden primario, y es por participación en este orden, para quienes cuentan, que una cosa se coloca como primera, segunda y las restantes sucesivamente. (Estobeo I, 10, 13)

2. También escribió Teano la Pitagórica: Pues la vida sería, en realidad, un festín para los malvados que cometieron iniquidades. Una vez muertos, si el alma no fuera inmortal, la muerte sería un hallazgo feliz.

La vida sería, en realidad, un festín para los malvados que obraron mal. Pues, después de morir, si el alma no es inmortal, la muerte resulta una suerte feliz. (Clemente de Alejandría, *Stromata* IV, 7)

3. Teano dijo: De aquello sobre lo que es hermoso hablar, es vergonzoso callarse; y de lo que es vergonzoso hablar, es mucho mejor callarse. (*Florilegio Monacense*, 270)

4. Teano, al envolverse en su manto, dejó entrever el brazo. Y como alguien dijera: «¡Qué codo tan hermoso!», ella respondió «Pero no es público». Conviene, en efecto, que de la mujer prudente no sea público el codo, ni siquiera la palabra, y que, en cuanto a la voz, muestre igual pudor y cuidado que en desnudarse ante extraños. Pues en la voz se trasluce el sentimiento, el carácter y la disposición de la que habla. (Plutarco, *Preceptos conyugales*, 31)

5. Teano, la Pitagórica, al serle preguntado de qué modo se había hecho célebre, respondió: «Trabajando en el telar y compartiendo mi lecho» (Il. I, 31). (Estobeo, *Florilegio* LXXIV, 32)

6. Teano, al serle preguntado al cabo de cuantos días después de haberse unido a un hombre vuelve a ser pura una mujer, respondió: «Si se trata del suyo propio, enseguida; si es ajeno, jamás». (Estobeo, *Florilegio* LXXIV, 53)

7. Teano, la filósofa Pitagórica, al serle preguntado qué sería más apropiado para una mujer, respondió: «Agradar a su propio marido». (Estobeo, *Florilegio* LXXIV, 55)

8. Teano dijo: «Es mejor confiar en un caballo sin freno que en una mujer irreflexiva». (*Florilegio Monacense*, 268)

9. Al serle preguntado qué es el amor, Teano respondió: «El sentimiento de un alma ociosa». (*Florilegio Monacense*, 270)

*Cartas**I. A Eubule*

Teano a Eubule, salud!

Oigo decir que educas a tus hijos en una vida muelle. Sin embargo lo propio de una buena madre no es atender al placer de sus hijos, sino encaminarlos a la moderación. Vigila pues que no hagas la tarea de quien ama, sino de quien adula, ya que cuando el placer se inmiscuye en la educación de los niños los hace indisciplinados. ¿Qué hay de más agradable para los jóvenes sino los hábitos del placer? Es necesario, por lo tanto, querida, que la crianza de los niños no se convierta en una mala educación. La molicie es distorsión de la naturaleza cuando los niños se tornan amantes del placer en sus almas y de la sensualidad en sus cuerpos, de modo que rehuyen el esfuerzo del alma y son demasiado delicados de cuerpo. Es necesario asimismo que los niños que se educan se habituen a cosas que les dan miedo, aunque debas disgustarlos o afligirlos, para que no sean esclavos de sus sentimientos, deseosos de placer y reacios al esfuerzo, sino para que respeten lo que es bueno por encima de todo, se aparten del placer y soporten el dolor. Que no queden hartos de alimentos, ni complacidos en todos los placeres, pues esto es causa de completa indisciplina en los niños, ni debe permitirseles decirlo y probarlo todo, especialmente si te inquietas cada vez que lloran, y te alegras cuando ríen, y sonrías con indulgencia aunque peguen a la nodriza o te digan palabras groseras. Tampoco debes esforzarte en proporcionarles frescor en verano y excesivo calor en invierno, ni en tratarles con demasiada delicadeza. Los niños pobres no disfrutan de nada de esto, y aún así se crían fácilmente, no crecen menos y son, con mucho, más fuertes. Pero tu crías a tus hijos como si fueran retoños de Sardanápalo, y con los placeres debilitas su fuerza viril. Pues ¿qué es lo que se puede hacer de un niño que, si no le traen pronto de comer, llora, y cuando come, busca el deleite de las golosinas; que si hace calor, desfallece, y si hace frío, tiembla; que si alguien le riñe, planta cara; y si nadie le ayuda a obtener lo que le place, se entristece; que, si no mastica algo, muestra mal humor; que malgasta el tiempo en pos del placer, y, dando vueltas en torno a él, acaba por hundirse en el desenfreno?

Cuida, pues, querida —sabiendo que los niños que viven en el lujo, cuando se hacen hombres se convierten en esclavos— de privarles de tales placeres, dándoles así una educación austera en lugar de muelle; permíteles soportar el hambre y la sed, el frío y el calor, así como la vergüenza que puedan causarles sus compañeros o sus vigilantes. De este modo será posible que tus hijos alcancen a ser nobles de alma, tanto si están en tensión como relajados. Pues los esfuerzos, querida, son para los niños como mordientes que les empujan a perfeccionar su virtud; y si se sumergen en ellos suficientemente, adquieren el tinte de la virtud de la manera más adecuada. Vigila, pues, amiga mía, que, al igual que de las viñas mal cuidadas se obtienen frutos deficientes, tus hijos, a causa de la molicie, no produzcan los malos frutos de la desmesura y de una gran inutilidad.

Que lo pases bien.

II. A Euclides

Teano al médico Euclides.

Ayer alguien se rompió una pierna, y un hombre vino a tu casa para llamarte. Yo misma me hallaba junto al herido, pues se trataba de uno de mis amigos. Pero tan pronto como regresó, el enviado nos dijo que también el médico se encontraba mal y que sentía dolores en el cuerpo. Entonces yo, lo juro por los dioses, olvidándome de mi amigo, tuve sólo al médico en mente y supliqué a Panacea y a Apolo, el del insigne arco, que no le sucediera nada enojoso. Con todo, puesto que aún estoy angustiada, te mando unas letras, pues quiero saber cómo te encuentras, si no te ha empeorado el estómago, si la fiebre no te ha perjudicado el hígado, y si no tienes ninguna lesión orgánica. Así, despreocupándome de las muchas piernas de mis amigos, te expreso, excelente médico, mis mejores deseos en pro de tu preciada salud.

III. A Eurídice

Teano a la admirable Eurídice.

¿Qué dolor aflige tu alma? Te angustias por otro motivo o porque aquel con quien estás casada frecuenta una cortesana y de ella obtiene placer sensual? No es necesario que lo tomes así, ¡oh la más admirable entre las mujeres! ¿Acaso no ves que también el oído, cuando se colma del placer de la música del órgano y rebosa de su melodía, al quedar saciado de ella, gusta entonces de la flauta y escucha con deleite el caramillo? Aunque, ¿qué relación existe entre la flauta, por una lado, y, por otro, los acordes musicales y el admirable sonido de un órgano de la más suave factura? Así debes pensar en relación a tí y a la hetera con quien tu marido convive: por su condición, naturaleza y razón, él te estima a tí; pero, un día, cuando le alcanza la saciedad, entonces, de paso, entra en casa de una hetera. Y también porque quienes poseen un gusto corrompido, guardan un cierto amor por los alimentos que no son buenos.

IV. A Calisto

A vosotras, jóvenes, en el momento en que contraéis matrimonio, se os confiere, según la costumbre, el poder para mandar a los que trabajan en la casa. Pero con frecuencia conviene acudir a las enseñanzas de las mujeres de más edad, que siempre saben dar un consejo para el gobierno de la casa. Pues está bien, al principio, aprender lo que no conocéis, y considerar que el consejo más apropiado es el de las mujeres mayores. En estos asuntos, en efecto, el alma de una joven debe ser educada como si fuera virgen. La principal autoridad de las mujeres en la casa es la que tienen sobre las sirvientas. Pero más importante aún, querida, es la benevolencia para con los esclavos. Y ésta no se adquiere junto con sus cuerpos; al contrario, es con posterioridad que las señoras prudentes la alcanzan. La causa de ello es dar un trato justo a los esclavos, a fin de que no queden rendidos por un trabajo agotador, ni incapacitados por las privaciones, pues son hombres por naturaleza. Hay algunas señoras que supo-

nen beneficioso lo que justamente es más perjudicial: los malos tratos a las sirvientas, negándoles lo que es necesario. Y en consecuencia, si bien se ahorran la renta de casi un óbolo, acaban pagando con daños mayores: rencor y perversas insidias. Es de tu incumbencia, por cierto, tener preparada una medida de la ración alimenticia, en proporción a la cantidad de trabajo diario de quienes trabajan la lana.

Por lo que respecta a la dieta, lo dicho hasta aquí será suficiente. En cuanto a la indisciplina, lo que es conveniente para ti es no ser condescendiente en provecho de aquellas. Hay que castigar a las sirvientas según la pena que les corresponda, pensando que, de una parte, la crueldad no comporta nada agradable para el alma, y, de otra, que el repudio de la maldad no es un árbitro inferior a la reflexión. En el caso que el exceso de maldad de la sirvienta sea invencible, será necesario expulsarla por medio de la venta. Pues lo que es ajeno a las necesidades de la casa, también lo es a las necesidades de las dueñas. Acata la sentencia del magistrado, pues por medio de ella se conoce la verdad del delito en relación con la condena, y la gravedad de las faltas según el castigo merecido.

Con todo, la clemencia y la gracia de las señoras libran de castigos a las sirvientas que han cometido alguna falta. De este modo conservarás lo que es conveniente y apropiado a tu modo de vida. Porque algunas señoras, querida, llevadas por su crueldad, embrutecidas por causa de los celos y la cólera, azotan los cuerpos de las sirvientas como si escribieran para su propio recuerdo el caso extremo de su amargura. Y si algunas sirvientas consumen su tiempo trabajando con empeño, otras buscan su salvación en la huida, y algunas otras dejan de vivir dándose muerte con su propia mano; al final, la soledad de las señoras, que se lamentan de su insensatez en los asuntos de la casa, comporta un desolado remordimiento.

Ya sabes, querida, por comparación con los instrumentos musicales, que éstos suenan mejor cuando están algo destensados, y en cambio, cuando están tensados en demasía, revientan. Lo mismo sucede en relación con las sirvientas: es cierto que mucho relajamiento produce un efecto contrario a la obediencia, pero una vigilancia estricta desata las fuerzas instintivas de la naturaleza. Por todo ello es necesario ser prudentes: la medida es lo mejor en todo. Pórtate bien.

V. A Nicóstrata

Teano a Nicóstrata, salud.

He oído hablar de la locura de tu marido; dicen que mantiene a una hembra, y también que tu te muestras celosa con él. Por mi parte, querida amiga, he conocido a muchos hombres afectados por la misma enfermedad. Quedan, según parece, cazados por estas mujeres, y, a ellas sometidos, pierden el juicio. Pero tu vives angustiada de día y de noche, te atormentas y maquinás algo contra él. No debes comportarte así, querida. La virtud de una esposa no consiste en vigilar al marido, sino en ser complaciente. Y ser complaciente es soportar

su locura. Si tiene tratos con una hetera, es por placer; si los tiene con su esposa, es por algo provechoso. Y el provecho consiste en no mezclar males con males, y en no añadir locura a la locura. Algunas faltas, querida, se exasperan aún más si se las censura, y cesan antes si se silencian, al igual que, según dicen, el fuego se apaga si no se mueve. Al cubrirle de reproches por algo que pretende que te pase desapercibido, levantas el velo de su pasión, con lo que podrá cometer su falta más abiertamente. En cuanto a tí, no pienses que el afecto por tu marido se basa en su bondad y nobleza, pues ahí está la gracia de vuestra vida en común. Piensa, por lo tanto, que él va a la casa de la hetera por frivolidad, pero que permanece a tu lado para compartir la vida, y que a tí te ama por obra de la reflexión, y a ella como consecuencia de la pasión. Y el momento propicio para la pasión es corto, pues se sacia al tiempo que se obtiene, y surge tan rápidamente como cesa. La ocasión de una hetera no dura mucho para un hombre que no es del todo malo, pues ¿qué hay más fútil que un deseo cuyo goce es algo injusto? Pronto se dará cuenta de que degrada su modo de vida y desmerece su decoro. Nadie consciente de ello persiste en perjudicarse a sí mismo; así pues, llamado por sus justas obligaciones para contigo, viendo como disminuyen sus recursos, incapaz de soportar el menosprecio que recibe, pronto se arrepentirá. Y tu, querida, no vivas pensando en diferenciarte de las heteras, sino que muestra tu buena disposición hacia tu marido, tu solicitud por la casa, las buenas relaciones que mantienes con las sirvientas, y el afecto para con tus hijos. No debes de estar celosa de aquella mujer, (pues es bueno que tu emulación se extienda sólo a las que son de condición virtuosa), y muéstrate propicia a una reconciliación. El buen carácter se gana la benevolencia incluso de los enemigos, querida, y la estima es únicamente el resultado de la nobleza y la bondad. De este modo es incluso posible para una mujer sobrepasar el poder de un hombre, y es mejor gozar de estima que servir a un enemigo. Así pues, si ha sido bien dispuesto por tí, más se avergonzará, más pronto deseará la reconciliación, y sus muestras de cariño serán más intensas cuando se haya dado cuenta de que ha sido injusto contigo, reflexione sobre la atención que debe prestar a su modo de vida y experimente el afecto que le profesas. Del mismo modo que los males del cuerpo hacen más dulces los momentos en que ceden, así las diferencias entre amantes hacen más dulces las reconciliaciones. Tu resistete a tomar las resoluciones a las que te impulsan tus sentimientos, porque él está enfermo y te hace enfermar a tí de pena; y porque ha dañado su reputación quiere que tu pierdas tu decoro, y porque ha perjudicado su modo de vida has de perjudicarte tu en lo que conviene. Si haces esto parecerá que te enfrentas con él, pero al castigarle te castigarás a tí misma. Pues si te divorcias y te marchas, después de dejar a tu primer marido repetirás la experiencia con otro, y si éste comete las mismas faltas, de nuevo probarás uno más (pues para las mujeres jóvenes la viudez no es soportable), o tendrás que quedarte sola, sin marido, como si estuvieras soltera. ¿Vas a descuidar tu casa y destruir a tu marido? Tendrás que soportar el daño que comporta una vida desgraciada. ¿Quieres vengarte de la hetera? Estará en guardia para defenderse de tí, y si a su vez desea vengarse, piensa que una mujer que carece de rubor es una mujer

belicosa. ¿Te parece bonito pelear todos los días con tu marido? ¿Qué vas a ganar con ello? Las discusiones y las injurias no terminan con una conducta licenciosa, sino que con su progresión aumentan las diferencias. Y qué pues, ¿vas a tramar algo contra él? No lo hagas, querida. La tragedia enseña a dominar los celos, al mostrarnos la sucesión de acontecimientos por obra de los cuales Medea llegó a transgredir la ley. Por el contrario, tal como las manos deben mantenerse alejadas de los ojos enfermos, del mismo modo tu debes distinguir tu pretensión de tu pena. Pues si ésta sabes sobrellevarla con dignidad, más pronto conseguirás que se desvanezca.

VI. *A Ródope*

Teano a Ródope, filósofa.

¿Estás afligida? Yo también lo estoy. ¿Te inquieta no tener aún el libro de Platón, el que lleva por título *Las ideas o Parménides*? Yo estoy muy afligida en cambio porque todavía no se ha presentado nadie para hablarnos de Cleón. En efecto, no mandaré el libro hasta que haya venido alguien a iluminarme en relación a este hombre. Porque estoy demasiado enamorada de su alma, no sólo por tratarse de un filósofo, sino porque está intensamente dispuesto a la práctica del bien, y se muestra temeroso de las divinidades ctónicas. No pienses que hay otra razón que la que te digo. Estoy medio muerta y ni siquiera soporto mirar el astro que brilla durante el día, el sol.

VII. *A Timónides*

Teano a Timónides.

¿Qué hay de común entre tú y yo? ¿Por qué siempre nos calumnias? ¿Acaso no sabes que nosotros por todas partes te alabamos, mientras tu haces lo contrario? Pero date cuenta también de que aunque nosotros te alabemos, no hay nadie que nos crea; y que cuando tu nos calumnias, no hay nadie que te escuche. Por esto me alegro de que así lo contemple la divinidad y que sea sobre todo la verdad quien decida.